

En el horizonte de las décadas de los 60 y los 70, junto a los estertores del franquismo y el derrumbe de todo su cartón piedra, late el sueño del cambio político en España. Sin embargo, la agónica dictatorial, largamente prolongada, ahogará sueños y utopías de revolución, desembocando en el suave reformismo democrático que, desaparecido el último escollo –muerte del general Franco–, modélico para unos, aunque, en realidad, cerrado en falso para otros, posibilita tanto el retorno a Europa, como la cicatrización del trauma fratricida de la guerra y, por supuesto, entre otros aspectos más novedosos e incisivos –sociedad de mercado–, el definitivo escalón para recuperar la tradición que esa guerra había cortado de cuajo.

Se trata del inicio de una andadura que podría, aparentemente, responder al lema de la *literatura en libertad*. Sin embargo, bajo tal apariencia no se encierra toda la realidad. Es decir, las circunstancias que concurren a finales de los 70 no son tan simples. Al contrario, son muy profundas e interconexionadas y, sobre todo, inmensamente variadas. Se trata de circunstancias de índole muy diversa que responden tanto a peculiaridades del ámbito peninsular, como a otras de rango universal.

2.2. España en Europa y en el mundo:

La muerte de Franco no sólo supuso, a grandes rasgos, la obviedad siempre mentada del fin definitivo del franquismo con el consiguiente nacimiento de la actual democracia. Conllevó

«que cuestiona los mitos de la transición, incluso la ideología misma en que la transición se sustenta». A ello, respondería la acidez de *Crónica de desamor* (Rosa Montero) o de *El mismo mar de todos los veranos* (Esther Tusqueter), obras donde se denuncia, cada una a su manera, los logros sociales (renuncia y acomodación al nuevo sistema) e individuales (sexualidad, género) otorgados a este momento. Véase *La doble transición. Política y literatura en la España de los años setenta*. Madrid, Siglo XXI, 1996. Pp. XII-XVII. La comparación es posible. Si la mirada de Carmen Laforet en *Nada* o de Ana María Matute en *Primera Memoria*, sacaban a flote la decadencia moral del mundo español de posguerra frente a loas de la literatura del momento, escrita en masculino, semejante labor, durante la Transición, las narradoras frente al «silencio» (así lo califica Ramón Buckley) y al «vacío intelectual» de los narradores.

otros muchos aspectos, muy significativos, que modelaron la vida y la sociedad española de las dos últimas décadas del siglo XX en España.

Por ejemplo, citemos algunos: el fin de la utopía que perseguía un cambio político, soñado como radical, que enlazase *directamente* con una cultura y una política republicanas, expoliadas por las armas. En contrapartida, se llegó a un sólido asentamiento de un reformismo que hoy continúa mostrando su fortaleza (tras el llamado corto «desencanto» de finales de los años 70, cortísimo período temporal, casi un suspiro, que no fue otra cosa que el abandono total de posturas éticas e ideológicas frente a la aceptación de nueva doctrina: la pragmática en la que se basa el neoliberalismo y el mercado); el inicio de un camino hacia una sociedad del bienestar¹⁸ donde el ocio y los conceptos individuales se imponen sobre los colectivos (cuidado del cuerpo, culto a la belleza, ostentación...); la implantación de una enseñanza y una cultura de carácter –y, por supuesto, con una finalidad– homogeneizadoras que se alejan del tradicional concepto de educación y de formación; la definitiva inclusión de España en el contexto europeo y mundial; la globalización y el acceso a las nuevas tecnologías; la sustitución de unos valores ilustrados y universales, de corte moral y ético, por unos marcadores de importancia social basados en el dinero y en roles etéreos como fama, ruido en los medios de comunicación... Y la literatura, lógicamente, no se quedó al margen.

En apenas dos o tres décadas, las que dan fin al siglo XX, España se transforma totalmente en una sociedad occidental y europea. Y lo hace con suma rapidez si se la compara con el camino que, desde la II Guerra Mundial, necesitó recorrer el resto de los países que componen Occidente. Un recorrido con el que hoy día España responde, sin problema alguno, al modelo neoliberal,

¹⁸ En la década de los 80, presupuestos lógicos –mejora social, comodidad o bienestar– junto a otros no tan lógicos –«egoísmo de lo propio», por ejemplo– fueron usados como bandera de conquista social, junto al concepto de «ocio», cataplasma para todo. Circunstancia en línea directa con un mercado omnipresente o dios que todo lo puede. La literatura, su lectura, asentada en ese ocio placentero del bienestar, agrandó su base lectora con la mira puesta en los dividendos y respondiendo al axioma de que vale todo aquello que le sirve a uno (egoísmo de lo propio) aunque no cumpla ni social ni estéticamente.

motor de la economía y de la cultura del primer mundo. Por ejemplo, la vieja economía cultural, de factura familiar y humana –típica de las pequeñas y medianas editoriales, centrándonos en el mundo del libro– se ha convertido, tras absorciones y concentraciones, en un mercado globalizado como en cualquier otro sector de la sociedad, más industrial y menos cultural. Es decir, el libro, objeto artesanal, es hoy un producto manufacturado que responde al avance técnico y a los esquemas de publicidad y venta en boga, propios del neoliberalismo. Y, si el libro (hoy, producto) y el editor (productor) han variado en sus ideas y fines, otro tanto sucede con el escritor y con el lector. El primero, dejando de lado la romántica condición de dios-creador y asumiendo su papel de trabajador de la literatura –además de otros colaterales, típicos del «egoísmo de lo propio» como fama o dinero–, y el segundo, aceptando su papel de consumidor¹⁹, lejos, por tanto, de las viejas ideas en las que el libro y la literatura ayudaban a conformarse como ciudadano y le preparaban para construir su ámbito social y su persona ámbito ética. Y, en este papel de consumidor, la mujer, elemento esencial de la lectura en España, deviene en vital. La incorporación de la mujer ha sido multitudinaria, similar a la de su incorporación al trabajo y a los esquemas de ordenación social, en los que, poco a poco, va siendo esencial. Incorporación que, en gran medida, viene a través de su acceso a una educación²⁰ idéntica a la del hombre y a su liberalización del ámbito doméstico tradicional... Estos son algunos de los elementos básicos que proporcionan la fotografía completa de quienes hoy conformamos la sociedad del libro y de la cultura²¹.

¹⁹ Es sabido que el consumismo tiene su quicio en una idea clave. Una idea basada en la consideración –asumida hasta las heces en la sociedad de nuestros días– de que los bienes materiales definen al individuo en sociedad. Poseer y demostrar la posesión es, sin duda, el signo básico para mostrar la identidad individual en sociedad.

²⁰ María Goyri, investigadora del Romancero, es la primera mujer que accede a la Universidad Española de forma oficial. Tras asistir por libre a las clases en el curso 1891-92, solicita su incorporación en el curso siguiente. Hito trascendental, sin duda, para la mujer española, con poco más de un siglo de existencia.

²¹ Véase, de nuevo, lo dicho en la nota anterior. Y también, como apuntan, afirman Joseph Heath y Anderw Potter (*Rebelarse vende, el negocio de la con-*

Joseph Heath y Andrew Potter en su ensayo *Rebelarse vende*, afirman que «la rebeldía no supone una amenaza para el sistema porque es el sistema» y, también, que «la rebeldía es uno de los signos de distinción más poderosos del mundo»²². Son dos afirmaciones que, cuando se repasa la reciente historia de España –quizá, como la de cualquier otro país–, parecen adquirir un cierto tono de veracidad.

La primera, sobre todo, parece cuadrar con la reciente evolución social y cultural de la España democrática. Eduardo Subirats, afirma que «la Movida» –el hito cultural de los 80, tras el «desencanto»– «significó una verdadera y radical transformación de la cultura bajo dos implícitos motivos políticos. Primero neutralizó cualquier forma imaginable de *crítica social y de reflexión histórica*; segundo, introdujo, en nombre de una oscura lucidez, *la moral de un generalizado cinismo*. Esta nueva ética intelectual y artística, indisolublemente ligada a una estética de trivialidad, convergieron finalmente en una *praxis política* entendida como «acción comunicativa», es decir, una *despolitización de la sociedad y estetización de la política*»²³.

En gran medida, mucha de la izquierda de los años 60 –tal vez, sea más acertado hablar de sus cachorros– acabó reconvertida en cuadros de ejecutivos y de gobernantes, además de en «*bon vivant*»; la canción protesta o alternativa acabó amartelada con las multinacionales, *revival* incluidos; la postura de los hippies anti-sistema y anti-consumo devinieron en la sociedad de nuestros días y en el actual derroche, propiciado por el amor al dios mercado del capitalismo; los movimientos marginales y experimentales de la cultura se mueven hoy con una ética totalmente empresarial a la busca y captura de la subvención,...

Las ideas centrales del pragmatismo y del reformismo político y social, por un lado, y las del bienestar y hedonismo, por otro

tracultura. Madrid, Taurus, 2005, p.11) observar que «...la propaganda y la mentira en la sociedad actual, sobre todo como consecuencia de la publicidad, han convertido la cultura en un gigantesco sistema ideológico diseñado para 'vender en el sistema'».

²² Heath, Joseph/Potter, Andrew, , p. 202.

²³ Art. Cit. P. 22. La cursiva es nuestra.